

¿QUIÉN SOY YO? ¿QUIÉN ERES TÚ?



*A medida que se posee más luz,
más se descubren la grandeza y
la bajeza del hombre. (Pascal)*

El siglo XX, sin duda, es una de las épocas en las que más se ha hablado del hombre y de los derechos humanos. Y es a la vez uno de los momentos en el que se han vivido las angustias más profundas, como la violación sistemática de los derechos y la pérdida del sentido del hombre (Ramón Lucas).

La Antropología nació hace unos 2.500 años. Nació significa, brotó. Debió germinar primero en una pequeña parcela de la Humanidad. Ya



venía germinando. Hacia el siglo IV antes de nuestra era, surgió un hombre llamado Sócrates. Era hijo de Fenaretes, comadrona de oficio o partera, cuya etimología viene del griego Maía, de donde se deriva Mayeutiké, o el arte que practica la comadrona. “Mi arte mayéutica -dice Sócrates- tiene las mismas características generales que el arte de las comadronas. Pero, difiere de él en que hace parir a los hombres y no a las mujeres, y en que vigila las almas y no los cuerpos, en su trabajo de parto. Lo mejor del arte que practico es, sin embargo, que permite saber si lo que engendra la reflexión del joven es una apariencia engañosa o un fruto verdadero”. Pero su tarea no consiste en engendrar sino en ayudar a engendrar. De ahí que en su boca no tenía respuestas sino preguntas. Y su pregunta fundamental fue sobre el hombre. Todo lo demás le parecía secundario. Su discurso antropológico se sintetiza en: “Conócete a ti mismo”.

Es posible que los grandes males de la humanidad radiquen en que el hombre se desconoce a sí mismo. Individual y colectivamente. Jack Canfield y Marc Hansen narran una historia que puede ilustrar esta realidad:

En 1957, un grupo de monjes budistas tuvo que reubicar un Buda de arcilla de su templo, en otro lugar. El monasterio sería trasladado para que se llevara a cabo el proyecto de una

autopista a través de la ciudad. Cuando la grúa empezó a levantar al ídolo gigante, el peso era tan tremendo que empezó a rajarse. Para colmo, comenzó a llover. El monje director, preocupado por el posible daño a la imagen sagrada, decidió volver a poner la estatua en el suelo y cubrirla con una lona grande para protegerla de la lluvia.

Esa misma noche, el monje director fue a ver el Buda. Iluminó con una linterna debajo de la lona para verificar si estaba seco. Al llegar a la rajadura notó un ligero destello y le pareció extraño. Miró más detenidamente ese reflejo de luz preguntándose si no habría algo más debajo de la arcilla. Entonces, fue al monasterio a buscar un formón y un martillo, y empezó a quitarla. A medida que hacía saltar pedazos de arcilla, el pequeño destello se hacía más grande. Pasaron varias horas de trabajo, hasta que el monje quedó cara a cara con un extraordinario Buda de oro macizo.

Los historiadores creen que varios cientos de años antes del descubrimiento del monje director, el ejército de Burma estaba por invadir a Tailandia. Los monjes siameses, al darse cuenta de que su país sería atacado, cubrieron su precioso Buda de oro con una capa de arcilla para evitar que su tesoro fuera robado por los burmeses. Por desgracia, parece que estos asesinaron a todos los monjes siameses, y el secreto bien guardado

del Buda de oro permaneció ignorado hasta ese día de 1957.

Todos somos como el Buda de arcilla cubierto con una capa de dureza creada por el miedo y, sin embargo, debajo de cada uno de nosotros hay un Buda de oro, una esencia de oro que es nuestro ser verdadero. En algún momento empezamos a cubrir nuestra esencia de oro, nuestro ser natural. Como el monje con el martillo y el formón, nuestra tarea ahora es descubrir otra vez nuestra verdadera esencia (Jack Canfield).

LOS SECRETOS DEL AMOR⁹

.....

*Es el corazón quien siente a Dios, y no
la razón. La fe es esto: Dios es sensible
al corazón, no a la razón. (Pascal)*

Acto primero

Le pregunté al profeta, ¿en qué consiste el verdadero amor? Él me respondió con estas palabras:

En la escena del bautismo de Jesús se cuenta de

⁹ Basado en la versión italiana, *Sentirsi amati*, de Henry J. M. Nouwen.

que, “Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3, 16-17).

La expresión “Tú eres mi amado”, revela la más profunda verdad sobre todos los seres humanos.

La palabra “Tú eres el amado”, ¿ha resonado alguna vez en tu corazón?

El mayor don que le puede hacer alguien a su amigo (a) es hacerle sentir que él (ella) es un ser amado.

Sí, es aquella voz, la voz que habla desde lo alto y desde dentro de nuestro corazón, que susurra dulcemente o declara con fuerza: “Tú eres mi amado, en ti me complazco”. Aunque, ciertamente no es fácil escuchar esta voz en un mundo pleno de otras voces que gritan: “Tú no eres bueno, eres malo; eres feo, eres indigno, despreciable, no eres nadie, y no puedo demostrarte lo contrario”. Aquí está la trampa. Creer en estas voces. Es la trampa del rechazo a nosotros mismos. Mi lado oscuro, suele decirme: “No soy nadie... No soy bueno... merezco ser olvidado, rechazado, abandonado.”

Pero, podrás decir: No, yo tengo es la tentación



de la arrogancia, no del rechazo. Acaso, ¿la arrogancia no es otra expresión del rechazo de ti mismo? La arrogancia ¿no es ponerte tú mismo en un pedestal, para evitar ser visto como tú te ves?

Y, en últimas, ¿la arrogancia no es otro modo de mirar, que se hace con el sentimiento de la propia indignidad?

Sea con el rechazo sea con la arrogancia, nos marginamos de la común realidad de la existencia y creamos una “comunidad” de personas extremadamente difíciles, si no imposibles de contactar.

El rechazo de uno mismo es el más grande enemigo de la vida espiritual porque contradice la voz sagrada que nos llama *amados*. Ser amados expresa la verdad central de nuestra existencia.

Y sin embargo, la voz dulce que nos dice *amados* ha venido a nosotros de diversos modos. Ya sea de nuestros padres, los amigos, los maestros, los compañeros, y hasta algunas veces, de parte de personas extrañas.

Esa voz ha venido a nosotros cuando hemos sido enseñados con paciencia, cuando hemos recibido ánimo, cuando hemos sido estimulados. Mas, esto no ha sido suficiente para experimentar

que soy amado. Incluso, a veces me digo: “Si estas personas supieran lo que soy”. Esta duda me impide escuchar la voz que me ha dicho siempre: “Bienvenido a la existencia, tú eres mi amado.”

¿No es verdad que en el fondo vamos por la vida con la esperanza de que algún evento: una cita, un negocio, un encuentro, un viaje, nos haga sentir por fin amados?

He aquí, sin embargo, la verdad más íntima: Nosotros somos los amados. Somos íntimamente amados, quizá antes que nuestros padres, maestros, conocidos, hijos y amigos nos hayan amado, u ofendido. Esta es la verdad de nuestra vida. Esta es la verdad que anuncia la voz que dice: “Tú eres mi amado”.

Escucha con atención en tu interior aquella voz que te dice: “Te he llamado por tu nombre desde el principio. Tú eres mío y yo soy tuyo. Tú eres mi amado, en ti me complazco. Te he modelado en la profundidad de la tierra y te he formado en el vientre de tu madre. Te he formado en la palma de mis manos y te he escondido a la sombra de un abrazo. Te miro con infinita ternura y te cuido con solicitud más profunda que aquella de una madre por su hijo pequeño. He contado cada cabello de tu cabeza y te he

guiado a cada paso. Donde tú vayas, yo voy contigo, si duermes, yo velo contigo. Te daré el alimento que satisfaga tu hambre y bebida que satisfaga toda sed. No esconderé mi rostro de ti. Tú sabes que yo soy tuyo como yo sé que tú eres mío. Tú me perteneces. Yo soy tu padre, tu madre, tu hermano, tu hermana, tu amigo. Nadie nos separará. Nosotros somos uno.

Acto segundo

Mientras el profeta colocaba su mano sobre mi cabeza en actitud de bendición, le pregunté, ¿cuál es el secreto para sentirnos amados? Él, mirándome a los ojos me respondió:

Ser “El amado” es el origen y el cumplimiento de la vida del Espíritu. Llegar a ser los amados: he aquí el viaje espiritual que debemos realizar. Las palabras de san Agustín: “Mi alma está inquieta hasta que no repose en ti, ¡oh Dios!”, definen este viaje.

Empezar el viaje de sentirnos amados, es el comienzo. Una vez iniciado este camino, no podremos reposar. Es un viaje hacia el “Paraíso perdido” de nuestro propio ser, de nuestra “inocencia”, de la bondad de nuestro ser, de lo que somos, de nuestra esencia.

Es verdad que somos “los amados”, pero hemos



de llegar a serlo. Somos ya hijos de Dios, mas, hemos de llegar a sentirnos hermanos y hermanas.

La vida espiritual no consiste solamente en una manera de ser, sino en una manera de “devenir”.

Llegar a ser amados significa dejar que la verdad del “ser amados” se encarne en cada pensamiento, palabra o acción nuestra.

De cómo realizar este camino, vamos a tratar a continuación: Seguiremos cuatro palabras clave: elegidos, bendecidos, fraccionados, dados. Estas palabras pueden llegar ser las más importantes de nuestra vida espiritual. Son la clave para comprender la vida de los grandes profetas de Israel y la vida de Jesús, así como para entender nuestra vida.

A. Elegidos

Para llegar a ser “los amados”, hemos de reivindicar el hecho de ser elegidos. Como hijos de Dios, nosotros somos elegidos de Dios.

El pueblo de Israel nació con la elección de Abraham. Cada uno de nosotros nacimos y se nos nombró, con un “nombre”. Desde entonces somos “únicos”, para nuestra familia, para los amigos, para la empresa. Somos únicos, somos e-le-gi-dos. Somos personas, esto es, seres es-pe-cia-les.

Ser elegidos no significa que los otros sean rechazados. Ser elegidos no tiene nada que ver con el mundo competitivo en el que hoy vivimos. Nuestra elección ha sido anterior. Ser elegidos no es excluir a los otros. Es incluirlos. En cambio de discriminar a los otros, es reconocerlos en su individualidad.

¿Cómo sentirnos elegidos en un mundo que rechaza? He aquí la lucha espiritual.

Algunos pasos necesarios en este camino:

1. Reconocer de una manera realista, que el mundo es: competitivo, deseoso de poder, materialista, etc.
2. Crear un entorno donde sea posible tu verdad de ser elegido.
3. Celebrar tu ser “elegido” constantemente. Celebrar significa: reconocer, dar gracias, hacer fiesta.

La base para ser amados es ser aquellos que somos elegidos, “los amados”. Reivindicar esta verdad es una lucha que dura toda la vida, pero es también una alegría que dura toda la vida. Más plenamente la reivindicamos y más fácilmente descubrimos otro aspecto del ser amados: Nuestro “ser bendecidos”.

B. Bendecidos

Como hijos de Dios somos bendecidos.

Los judíos todavía realizan una ceremonia (*Bar Mitzvah*) en la que el rabino confirma al joven de más de doce años, y los padres lo bendicen con estas palabras (imponiendo las manos): “Hijo, cualquier cosa que ocurra en tu vida, sea que tengas éxito o no, sea que llegues a ser importante o no, que tengas salud o no, recuerda cuanto tu madre y tu padre, te amamos.”

¡Cuánto necesitamos todos sentirnos bendecidos!

Una bendición toca la primigenia bondad del otro y da vida a su “ser amado”.

La bendición que nos damos los unos a los otros es la expresión de la bendición que reposa sobre nosotros desde toda la eternidad.

Como Jesús, en todos resuena aquella voz: “En ti me complazco.”

Pasos sugeridos para escuchar la bendición interior:

1. Dedicar diariamente un momento a la oración.
2. Cultiva la “presencia”: esto es, la conciencia de estar y de ser acompañado. Es ser capaz

de “detenerse” a lo largo del ritmo frenético de la vida.

Reivindicar para ti, tu estado de “ser bendecido”, conlleva siempre a un profundo deseo de bendecir a los otros. El bendecido bendice siempre.

Ahora viene la más dura verdad de nuestro “ser fraccionados”. Nosotros somos elegidos, tomados y bendecidos. Una vez que hemos aceptado esta verdad y le hemos dicho “sí”, podemos afrontar el “ser fraccionados” con ojos abiertos.

C. Fraccionados

Nuestra condición de seres fraccionados es una realidad de todos. Difícilmente experimentamos la unidad en nuestra vida. Nos sentimos divididos interiormente.

Y ese vivir fraccionados nos hace sufrir. Divididos por el trabajo, las relaciones personales, los disgustos familiares, la enfermedad, los malentendidos, los deseos insatisfechos, los problemas sociales, las divisiones al interior de nuestra patria, las relaciones inconstantes con Dios, nuestras infidelidades, nuestra sexualidad, etc. Esta realidad nos habla de nuestra fragilidad humana.

De todas estas experiencias, añoramos nuestra unidad interior.

¿Cómo responder a esta fragilidad?

Dos vías propuestas:

- Asumir la propia fragilidad. Nuestra primera reacción ante el sufrimiento es rechazarlo, evitarlo, ignorarlo.

La vía es discernir hasta dónde la angustia, el dolor y el sufrimiento acompañan el transcurrir de la vida.

- Poner el dolor y el sufrimiento bajo la bendición. Si los ponemos bajo la maldición no hacemos otra cosa que verlo como la expresión de nuestro ser maldito. Ponerlo bajo la bendición significa iluminarlos con otra luz. Aquello que parecía un fracaso, se convierte en un reto. Aquello que parecía un rechazo, se convierte en un modo para una comunión más profunda.

La fuente de nuestro sufrimiento se puede convertir en la fuente de una esperanza.



Nosotros somos elegidos, bendecidos, partidos (fraccionados), para algo: para darnos a otros.

D. Dados

Nosotros somos elegidos, bendecidos, fraccionados, y dados.

Sólo como personas que somos dadas, podemos comprender plenamente nuestro ser elegido, bendecido, fraccionado.

Somos elegidos, bendecidos, fraccionados, para ser dados, para darnos.

Nuestro ser adquiere pleno significado en el darnos.

Nuestra plena realización está en el darnos nosotros mismos a los otros.

Decimos dar, cuando damos: una sonrisa, la mano, un beso, un abrazo, una palabra de amor, un regalo, una parte de nuestra vida, toda nuestra vida.

Cuando compartimos un encuentro, una cena, una bebida, estamos actuando nuestro ser-para los otros. Pensamos en el otro, miramos hacia el otro, nos damos.



Si nuestra más profunda realización viene del ser dados como un don para los otros, ¿cómo convivir con la visión cotidiana de una sociedad que habla más del tener que del dar?

Dos sugerencias: darse uno mismo en la vida.

Darse uno mismo en la muerte.

Cuando la vida se ha vivido como un don, la muerte se convierte en un don a través del cual podemos dar testimonio de nuestra esperanza en la vida más allá de la vida.

Se ha de distinguir entre dones y talentos. Los dones vienen de nuestra misma humanidad. Nuestros talentos suelen ser nuestras capacidades. Los dones son primero, y son más importantes.

Son dones: la amistad, la bondad, la paciencia, la alegría, la paz, el perdón, la gentileza, el amor, la esperanza y la confianza.

Los talentos pueden ser nuestras capacidades innatas o adquiridas. Cuando los talentos se realizan en actitud de dar, se convierten en dones.

La semilla, la pequeña semilla de la que habla Jesús que luego se convierte en un árbol frondoso, es el don. Una sonrisa dada con el alma a alguien, se puede convertir en fuente de la vida. La vida es el reino.



Finalmente:

Tú y yo danzaremos de alegría si nos convencemos que nosotros, pequeños hombres y mujeres, somos elegidos, bendecidos, y fraccionados, para convertirnos en el pan que se multiplicará en el acto de ser dado. Tú y yo no temeremos más a la muerte, sino que pensaremos en ella como el culmen de nuestro deseo de hacer, de cada parte de nosotros mismos, un don para los otros. El hecho de que estemos lejanos de este estado de conciencia y de corazón, nos muestra que somos sólo principiantes en la vida espiritual y no hemos todavía reivindicado plenamente la completa verdad de nuestra llamada. Pero podemos ser agradecidos por cada pequeña muestra de verdad que logramos divisar, y tener confianza de que siempre habrá más para ver.

Cuando terminó de hablar el profeta me preguntó: ¿comprenderás mis palabras? Entonces repuse, ¿querrá decir si las he comprendido? Y mirándome a los ojos me dijo: cada paso en la vida te mostrará aquello que en adelante comprenderás.

LOS SECRETOS DE LA AMISTAD



*Si el otro no es el límite del yo, sino
la fuente del yo, el descubrimiento del
nosotros es estrictamente simultáneo
con la experiencia personal. El tú es
aquel en que nosotros nos descubrimos
y por quien nosotros nos elevamos.*

(Mounier)

En el libro “Yo-Tú” de Martin Buber encontramos
estas palabras:

*Para el ser humano el mundo es doble,
según su propia doble actitud ante él.*

La actitud del ser humano es doble según

la duplicidad de las palabras básicas que él pueda pronunciar.

Las palabras básicas no son palabras aisladas, sino pares de palabras.

Una palabra básica es el par yo-tú.

La otra palabra básica es el par yo-ello, donde, sin cambiar la palabra básica, en lugar de ello pueden entrar también las palabras él o ella.

Por eso también el yo del ser humano es doble.

Pues el yo de la palabra básica yo-tú es distinto del de la palabra básica yo-ello.

Las palabras básicas no expresan algo que estuviera fuera de ellas, sino que, pronunciadas, fundan un modo de existencia.

Las palabras básicas se pronuncian desde el ser.

Cuando se dice el tú, se dice el yo del par de palabras yo-tú.



Cuando se dice ello, se dice el yo del par de palabras yo-ello.

La palabra básica yo-tú, sólo puede ser dicha con todo el ser.

No existe ningún yo en sí, sino sólo el yo de la palabra básica yo-tú y el yo de la palabra básica yo-ello.

Cuando el ser humano dice yo, se refiere a uno de los dos. El yo al que se refiere está ahí cuando dice yo. También cuando dice tú o ello está presente el uno o el otro yo de las palabras básicas.

Ser yo y decir yo es lo mismo. Decir yo y decir una de las palabras básicas es lo mismo.

Quien dice una palabra básica entra en esa palabra y se instala en ella (pp 11-12).

Acerquémonos al sentido de estas palabras:

1. La identificación entre el yo y el decir yo, se refiere al hecho sincero o verdadero de hablar. No se refiere al modo frívolo de hablar, sino que se refiere al hecho de hablar con todo el ser, o como suele decirse, con toda el alma. Pues cuando digo, yo, con toda

el alma, ese yo pronunciado es semejante al yo que significa mi persona.

Igualmente, cuando digo, tú, con todo mi ser, y tú me escuchas, dos seres se unen, como no lo pueden hacer dos seres de otra especie. O también, cuando yo te miro, de verdad, o cuando pronuncio un tú, es cuando entro en una relación contigo, que se llama la “relación original.”

Al pronunciar el tú, estoy implicándome yo mismo. La relación que se establece entre el yo y el tú, sea por medio de la palabra verdadera, sea a través de la mirada verdadera, se llama “comunidad”. La palabra comunidad y la palabra “comunicación” son hermanas.

Demos un paso más adelante: el hecho de la comunidad hace referencia a una manera de ser, antes que a una manera de obrar, de actuar. Hace referencia a una manera de ser. Es la manera de ser “persona”. Alguien podría decir también, que es la mejor manera de ser persona. Pero si mantenemos la concentración en el hecho original de la comunidad, tendríamos que afirmar ya que la comunidad es la única manera de ser persona de verdad. O lo que es lo mismo,



decir: “el reino de la persona es semejante al reino de la comunión.”

Citemos un ejemplo de la vida real: ¿No es verdad que los momentos más felices que has vivido en tu vida tienen que ver con experiencias de comunión - esos momentos de comunión casi plena- sean con un amigo o amiga, sean con tu pareja, sean con tus hijos, o en general con las personas con las que estás unido-unida entrañablemente? Luego, la plenitud de la vida que sugiere la relación, y especialmente la verdadera comunión interpersonal, no es una teoría, sino una experiencia. Y no únicamente la experiencia de una multitud considerable de hombres y mujeres en el mundo, sino la experiencia de todos los hombres y las mujeres que forman la humanidad.

Por ser un hecho tan evidente, es tal vez el motivo por el cual las ciencias no acaban de decidirse a explorar lo que esto significa. Pero lo que sí es cierto es que en la medida que exploremos el hecho de la relación interpersonal, la comunión personal, nos adentramos en un apasionante mundo, en un reino al que quizá todos estemos llamados, pero al que tal vez por el egoísmo, o por miedo, o quizá por desconocimiento, nos rehusamos y seguimos rehusándonos a disfrutar.

2. Buber ha afirmado que no se puede pronunciar el yo sin el tú. Es decir, el yo hace referencia inmediata a un tú, pero también a un ello o ella. Y no sólo a un mundo, sino especialmente a unos seres que poseen pronombre personal, esto es, a unas personas. Nuestro mundo personal está íntimamente unido al reino del nosotros. El nosotros es el reino en el que vivimos, como el océano es el reino de las algas y de los peces.

3. Una manera de seguir adelante e ir extrayendo conclusiones de esta realidad tan familiar, pero al mismo tiempo tan desconocida, es hacer el paralelo entre individuo y persona. Podríamos decir que el individuo es el ser retraído sobre sí, encerrado en sí mismo, vuelto hacia su propio *ego*. Es el hombre egoísta. Una criatura pobre que no avanza hacia ninguna parte. Es un hombre de quien el mundo no puede esperar nada, ha afirmado Mounier. Es un ser empobrecido. El ser que se empobrece en su propio aislamiento, que mantiene la mirada puesta en su propia oscuridad.

La persona, en cambio, es un ser generoso vuelto hacia los demás seres, y particularmente hacia sus semejantes.



Es el hombre o la mujer generosa. Un ser humano que avanza hacia el encuentro con el otro, con los otros. La persona es alguien de quien el mundo siempre puede esperar algo, en quien se puede confiar. Es un ser que crece hacia una mayor personalización. El ser que se enriquece dándose generosamente. Es el hombre o la mujer que tiene su mirada fija en el mundo de la relación, de la generosidad, de la entrega, de la comunión.

4. Pero nos falta abordar un aspecto fundamental. Se trata de averiguar a qué nivel debemos situar el tema de la relación interpersonal, o lo que venimos denominando comunión interpersonal. Por siglos, este hecho fue abordado en los compromisos u obligaciones morales-religiosas. La relación, la comunión interpersonal no se trataba como un hecho constitutivo del ser humano, sino como un compromiso, o una norma religiosa, establecida, o regulada desde fuera. Esto no se debió, como se puede pensar a veces, a nuestros orígenes religiosos, sino más bien a la interpretación que tradicionalmente se fue haciendo de nuestros principios religiosos. Nos referimos a la tradición judeocristiana.

Cuando la ley judía afirmaba: ama a tu prójimo como a ti mismo, no estaba dando un simple consejo. Revelaba el sentido más profundo de la condición humana. Esto es: tu prójimo eres tú mismo. De hecho, parece que la traducción más exacta de este texto debería ser así: no sólo ama a tu prójimo como a ti mismo, sino: ama a tu prójimo, porque es tú mismo.

Es como si dijéramos: fuimos creados personas como seres encaminados, o llamados a ser personas. No individuos. Y dicha personalización sólo es posible en un mundo de personas. Este mundo de personas es el único que poseemos. No hay otro mundo. O nos empeñamos en realizar dicha vocación, o nos empobrecemos, sufriendo la suerte de los individuos.

5. Descubramos todas las consecuencias posibles de esta realidad.

Nuestra civilización ha intentado plasmar lo mejor posible esta manera original de ser del hombre. Esto es, el ser social o comunitario. Para que los hombres no vivamos aislados, o mejor, porque no podemos vivir aislados, procuramos a toda costa organizarnos. Convivir. Nacen las

instituciones comunitarias, que intentan responder primeramente a su vocación original de vivir en relación, de vivir en sociedad, de vivir en comunidad, de estar juntos, pero también de responder a otras aspiraciones profundas del ser humano.

Veamos brevemente estas instituciones:

La primera institución es “la familia”. En ella, el hombre responde a sus primeras y más hondas aspiraciones. Esto es, a la aspiración misma de la vida, y con ella, a la aspiración del amor. La familia se constituye así en el ámbito social de dos valores que fundan el ser mismo de la persona: el valor de la vida y el valor del amor. De aquí que los dos fines fundamentales del matrimonio sean el unitivo (que los dos sean una sola carne) y el procreativo (los hijos como fruto del amor de los padres).

La segunda institución es la “escuela”. Los niños van a la escuela porque están juntos. Y al mismo tiempo, porque allí ven realizada una aspiración que sienten vibrar en su ser: el deseo de saber, de conocer, de explorar más allá de lo puramente cotidiano. El mundo, la realidad, sus semejantes, han despertado una inquietud y una admiración, y en el escuela sienten

desde el primer momento encontrar un ámbito de dicha búsqueda. Es importante no perder de vista la función primordial de la escuela y, en general, de la cultura.

La tercera institución es lo que denominamos “religión-iglesia”. Desde el primer día (si se puede hablar así) el hombre sintió necesidad de trascender, necesidad de trascendencia. El hombre no se conforma con la finitud. El hombre cree y espera una realidad de plenitud. La confianza en “ese mundo” lo satisface más que muchos de los frutos del presente.

La cuarta institución que ha creado el hombre es la “economía”. Éste, originalmente, descubrió en los sistemas de intercambio de servicios la mejor manera de realizar dos valores que lo hacen ser y crecer, ellos son: el trabajo y la justicia. El trabajo dignifica al hombre, rezaba el viejo catecismo. La justicia es como un valor transversal de la persona y de la sociedad. Los valores no son añadidos, son constitutivos del ser humano.

Finalmente, hay una institución que responde a una aspiración noble y hermosa del ser humano. Es la aspiración de “servir”. De servir al bien común. Así nació



la “política”, como el ámbito del servicio concreto a la ciudad. Al orden de la ciudad. Y más concretamente, como el ámbito donde las personas y las comunidades podían realizar las aspiraciones de la libertad y la responsabilidad. Aspiraciones que se constituyen al mismo tiempo en valores personales y sociales: el valor de la libertad y el valor de la responsabilidad, cierran el vértice del ser personal.

DECÁLOGO FILOSÓFICO¹⁰



*Nuestro instinto nos hace sentir que debemos
buscar la felicidad fuera de nosotros.*

*Nuestras pasiones nos empujan hacia
fuera, y lo harían aunque los objetos no
se presenten para excitarlas. Los objetos
exteriores nos tientan por sí mismos y nos
llaman, aunque no pensemos en ellos, (...)
los filósofos dicen: Entrad en vosotros
mismos y encontrareis vuestro bien (...).
(Pascal)*

¹⁰ Según el pensamiento occidental: Sócrates, Platón, Aristóteles, san Agustín, santo Tomás, Descartes, Kant, Hegel, Einstein, Mounier, respectivamente.

Así como Dios le entregó los diez mandamientos a Moisés en el Sinaí, una pléyade de pensadores a lo largo de la historia nos han entregado lo mejor de sí mismos, lo mejor de su propia comprensión. De ellos hemos recogido sus frutos y construido este decálogo.

- Conócete a ti mismo.
- Ama este mundo, pues nos pertenece como seres corpóreos, pero ama aún más el mundo espiritual, donde habitan las ideas, donde el alma alcanza su plenitud.
- Si deseas alcanzar la felicidad, busca lo mejor en todas las cosas, lo más hermoso y lo más agradable. Busca la virtud.
- Ama y haz lo que quieras.
- La felicidad es un acto de tu entendimiento. Si tu mente y tu corazón reconocen el inconmensurable misterio que nos rodea y se abren al abrazo secreto de todas las creaturas, estarás forjando el camino afortunado de los hijos predilectos de la naturaleza.
- La verdad es la luz del espíritu como el sol es la luz del día. Que tu espíritu sea el último juez que declare la certeza. En el ancho cielo de las opiniones alumbran muchas estrellas, pero sólo hay un sol que podrá alumbrar tu caminar: eres tú.



- Obra siempre de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda valer como principio legislador universal.
- Cultiva tu mente de tal manera que más temprano que tarde descubra la íntima unidad del hombre con la naturaleza, del espíritu con la materia, de lo humano con lo divino, del tiempo con la eternidad. El hombre es la expresión más sublime del espíritu universal; en él, como en el amor, se funden, se transforman, y se superan paulatinamente todas las contradicciones de la vida.
- Si quieres encontrar sentido a la vida y a tus esfuerzos, piensa que las cosas que hoy posees son el trabajo de muchas generaciones, logradas con mucho afán y mucha fatiga. Hoy se ponen en tus manos como herencia, para que las respetes, desarrolles, y fielmente las entregues a tus hijos, así es como nosotros los mortales nos hacemos inmortales, transmitiendo el trabajo hecho por todos.
- El primer acto de la persona es suscitar con otros una sociedad de personas, cuyas estructuras, costumbres, sentimientos y, finalmente, instituciones, estén marcadas por su naturaleza de personas. La persona se funda en una serie de actos originales

que no tienen parangón en ninguna otra parte dentro del universo: Salir de sí; comprender; tomar sobre sí, asumir el destino; dar, generosidad y gratitud; ser fiel.

